

Crónica musical

TEMPORADA SINFONICA

Los cinco primeros conciertos de la temporada sinfónica del Instituto de Extensión Musical, estuvieron a cargo del maestro Víctor Tevah, director de la Sinfónica de Chile.

En el primer programa se presentó el tercer concierto Brandenburgoés de J. S. Bach; el concierto para violín y orquesta de Bela Bartok y la séptima sinfonía de Ludwig van Beethoven.

No nos pareció bien lograda la versión del concierto de Brandenburgo, entre otras razones, por la deficiente calidad del sonido observada en los diversos grupos de la cuerda, y las frecuentes fallas en la afinación. El estreno del concierto de Bartok nos puso frente a una obra en que se reúnen, de una parte, interesante acopio de problemas técnicos de la composición, que el autor se propone y resuelve con la maestría que universalmente se ha reconocido al notable músico húngaro; de otra una excesiva prolongación y recargo de estos elementos formales, que sólo en pequeña escala permiten la entrega de pasajes de belleza musical de más fácil acceso. La obra en general presenta muchas dificultades a la interpretación y es por esto que la labor cumplida por el violín solista, Enrique Iniesta, mereció del todo los aplausos que la saludaron. Tampoco nos pareció que Víctor Tevah hubiera logrado en la séptima sinfonía todo lo que buscaba en tan difundida obra. Perdió

de vista, fundamentalmente, el cuidadoso detalle con que Beethoven fijó los "tempi" de sus sinfonías, utilizando el reciente invento del metrónomo, debido a su amigo Maetzel. Quizá si la violencia temperamental del director le arrastró en algunos movimientos a una velocidad excesiva, que perjudicó la relación estrecha que existe entre la idea musical y la velocidad en que debe realizarse, comprometiendo, en consecuencia, la claridad y equilibrio de la composición. El desarrollo temático se vió dañado por esa misma precipitación, con la que se encaró especialmente el último movimiento, en verdad, favorito lugar donde la generalidad de los directores buscan el máximum de espectacularidad y arrastre físico del público auditor.

El segundo programa se inició con dos obras de Mozart, la obertura de "La Flauta Mágica" y el concierto para piano y orquesta K. V. 467; luego se ejecutaron los "Emocionales" del compositor chileno Próspero Bisquertt y, finalmente, los "Cuadros de un Exposición" de Mussorgsky-Ravel.

El director chileno siempre ha sido elogiado por la especial intuición que le distingue frente a la música de Mozart. Así ocurrió esta vez con la obertura de la flauta mágica, que animó con toda propiedad estilística. En el concierto de piano, actuó como solista Oscar Gacitúa, el joven pianista chileno que reaparecía en el país después de una brillante actuación en Estados Unidos. Este artista chileno ha dejado de ser la promesa que era cuando salió del país, y ahora puede contársele ya en ese grupo relevante que, en la ejecución pianística, ha producido nuestra tierra. La claridad de su técnica, la seguridad del mecanismo, la belleza y limpidez del sonido y su inobjetable adhesión al estilo y contenido de la obra, señalaron en Oscar Gacitúa un intérprete que ha alcanzado un plano de laudable superación. La parte orquestal se unió con todo acierto a la tarea del solista. La serie de los "Emocionales" de Bisquertt, que se ejecutaba completa por primera vez se resiente por la prolongada extensión de un clima sonoro de muy semejante colorido

y uniformidad de movimiento. La voluntaria concepción meditativa de los cinco trozos, quita a éstos, en conjunto, la variedad que podrían ofrecer las dotes de orquestador del compositor, al repetirse frecuentemente los recursos orquestales. Este elemento, sin embargo, es el que da mayor apoyo al tono elegíaco que comúnmente surge de estas páginas, sin duda, de menor vuelo que las bien logradas estilizaciones del ambiente criollo que se deben a Bisquertt. La versión brillante que ofreció Tevah del arreglo de Ravel para los "Cuadros de una Exposición" de Mussorgsky, dió oportunidad para mostrar al conjunto orquestal en toda la amplitud de sus posibilidades. Podemos decir que en líneas generales se alcanzó al nivel de vigor, brillo y dinamismo que la obra exige; pero no sin que, momentáneamente, las fallas en uno que otro instrumentista, afectaran pasajeramente la pureza del discurso musical.

El tercer concierto debió suspender su realización en la fecha anunciada por enfermedad del director, con lo cual se agruparon en la semana siguiente dos conciertos sinfónicos. El programa del cuarto concierto ofreció obras de Mozart, Soro y Bartok.

Tevah obtuvo una versión dinámica y vivaz de la sinfonía en si bemol K. V. 319. El carácter alegre, el jubiloso ritmo de sus movimientos, fué bien captado por el director y el conjunto respondió en buena forma a sus requerimientos. Luego, en la segunda parte, se escucharon tres obras del compositor chileno Enrique Soro: "Andante Appassionato", "Danza Fantástica" y "Tres Aires Chilenos". Aunque bien conocido del público, este grupo de obras despertó una espontánea expresión de aplauso para su autor. Se trata, sin duda, en el caso de las dos primeras, de obras que representan con personalidad y calidad, la etapa mejor de nuestro romanticismo musical, y están realizadas con una maestría de oficio inobjetable, propia de un compositor que, en los primeros años del siglo, inauguró la composición seria en nuestro país. La ejecución de ellas fué cuidadosamente realizada y sobresalió la línea de sobriedad y nobleza con que se expusieron. El tercer número fué el

estreno del concierto para dos pianos, percusión y orquesta, del compositor húngaro Bela Bartok. Nuevamente se presentó al público una obra de mucho interés, pero de difícil acceso. La estructura rítmica, por demás compleja, preside la composición, y los pianos, tratados con plena exigencia de sus recursos y efectos, alternan con el trabajo de la orquesta, en la que los instrumentos de percusión asumen destacadas partes solistas. Se diría que el dinamismo reemplaza en esta composición la hondura expresiva o la calidad temática, que aparecen como sacrificadas frente al interés rítmico fundamental. Los solistas en piano, Elvira Savi y Germán Berner, destacaron un trabajo concienzudo y bien logrado en sus difíciles partes. La obra, en general, nos pareció demasiado exigente para el poco ensayo que tuvo en su conjunto. No se alcanzó a extraer lo mucho que contiene de refinamiento orquestal en su compleja estructura.

El programa correspondiente al tercer concierto se ejecutó en la semana siguiente, antes del quinto programa de la serie. Esto significó, entre otras cosas, que no se le diera el suficiente tiempo a sus ensayos. Inició el concierto el concerto Grosso N.º 17, en sol menor, de Haendel, bella obra que al ser expuesta con suficiente dominio por el director y el conjunto, constituyó el número mejor logrado del concierto. Luego se ejecutó la "Burlesca" de Richard Strauss, obra de escritura ágil, en que el piano solista y la orquesta dialogan con una expresión liviana, aunque brillante y exigente, sobre todo para el solista. Los efectos del colorido orquestal y su agradable temática, hacen de esta composición una excepción dentro de la usual densidad de lenguaje de Strauss. La parte de piano, realizada por la distinguida pianista chilena Herminia Raccagni, alcanzó una elevada categoría, gracias a la eficiencia de su técnica y la brillante calidad del sonido. Pero la obra, en conjunto, adolecía de falta de mayor trabajo, perdiéndose frecuentemente la sincronización entre orquesta y piano. Luego, y como un homenaje al desaparecido maestro Luigi S. Giarda, se ejecutó el poema sinfóni-

co "Loreley". Ideas de una expresividad íntima, sin mayor desborde pasional, se desenvuelven en medio de un tejido sinfónico levemente impresionista, aunque —como tal— de base romántica. La orquestación subraya con acierto el relieve de las ideas, aún cuando quizá, no representen lo mejor del pensamiento musical del maestro Giarda. Cerró el programa la sinfonía en re menor de César Franck. Esta composición, por demás representativa del estilo intenso, concentrado y de tan minuciosa estructuración del músico belga, no alcanzó, por cierto, a ser ofrecida por el maestro Tevah con el rendimiento que, a juzgar por los éxitos parciales que obtuvo en ella, merecía esperarse, al haber tenido el tiempo suficiente para completar su esfuerzo.

El último concierto de la serie encargada al maestro chileno ofreció como primer número la "Obertura del Fausto Criollo", del compositor argentino Alberto Ginastera. Esta obra, que no nos parece de lo mejor surgido de las notables dotes que distinguen al compositor argentino, sobresale por el brillo de su orquestación, elemento que da relieve a ideas cuya intención humorística no está realizada plenamente, debido, quizá al excesivo recargo y cerebralismo estructural. La versión realzó en la obra sus méritos más salientes. Se escucharon en seguida los "Vitales de la Anunciación", cantata surgida de los trozos de música incidental que el compositor chileno Alfonso Letelier compusiera con ocasión del estreno de "L'Annonce fait a Marie" de Paul Claudel, por el Teatro de Ensayo. En su versión actual esta obra nos parece una de las creaciones mejores del músico chileno. Sobresale un sello de íntima y profunda expresividad, trasunto de una emoción religiosa fundamental, que el músico entrega en un lenguaje de líneas claras, teñidas con cierto arcaísmo modal que arranca del uso de textos gregorianos. La escritura vocal presenta gran fluidez, y mantiene un clima de sereno equilibrio. Participaron en su ejecución la soprano Silvia Soublette y un coro femenino, quienes dieron realce a sus partes, pero con desigual rendimiento. Terminó el concierto con

una excelente versión de la sinfonía N.º 1 de Johannes Brahms. El maestro Tevah consiguió en ella manifestar su vigoroso lenguaje, lleno de impulso y emoción, con un resultado sonoro eficiente, que señaló su cabal comprensión de la obra del músico hamburgués y la capacidad del conjunto, que sólo ocasionalmente mostró debilidades que no opacaron el éxito general de la interpretación.

Temporada de cámara

Este año se ejecutará la serie completa de los cuartetos de Ludwig van Beethoven por el cuarteto del Instituto de Extensión Musical, formado por Enrique Iniesta, Ernesto Ledermann, Zoltán Fischer y Angel Cerutti. Se reconoce en los cuartetos de Beethoven la concreción más elevada de su genio y esto sólo hace que su ejecución completa constituya, por ella misma, un notable esfuerzo artístico.

El conjunto del Instituto ha ejecutado hasta ahora nueve cuartetos, y en cada uno de sus programas agrupa tres, correspondientes a etapas estilísticas diferentes, si, de acuerdo con lo establecido por Lenz, aceptamos dividir la obra beethoveniana en tres estilos. Los cuartetos, op. 18 N.ºs 1, 2 y 3; op. 59 N.ºs 2 y 3; op. 74, op. 95, op. 127 y op. 130 han sido los ejecutados, y el hecho solo de apreciar la genialidad de Beethoven dando vida a composiciones de tanta riqueza formal y de contenido, compensa el esfuerzo que significa la audición de tres obras de un mismo autor que, sin embargo, se muestra tan diferente. La música de cámara es sin duda alguna el terreno más difícil de toda la ejecución musical. Dentro de ella es precisamente el cuarteto de cuerda la expresión más depurada de la música, ya que nada puede existir en una composición de este tipo, que se dirija al afectismo o al fácil encanto del público, tal como puede lograrse en la música sinfónica. La sobriedad expresiva, la sumisión al estilo, la exigencia de una afinación precisa y de una total homogeneidad sonora en sus com-